

## La guerra informativa y la libertad de prensa en tiempos de guerra

---

Ariel Segal

109

Empezamos con una mala noticia: aparentemente, los Estados Unidos, por un buen tiempo, serán el gran imperio, el único país o superpotencia del mundo, y no tendremos un sistema de relaciones internacionales equilibradas.

Quizá pueda adelantar una buena noticia ante la inminente permanencia de un imperio, y es que tal parece que otro imperio, el de la cadena de noticias CNN, no seguirá siendo la superpotencia informativa del futuro, pues da la impresión de que este imperio de la información pagará un alto precio por la manera tan subjetiva y pro-estadounidense con la que ha cubierto la reciente guerra contra Iraq.

La mayoría de las cadenas de noticias norteamericanas siguió las pautas de CNN, mostrando más lealtad al gobierno estadounidense que a la audiencia de ese país y del mundo entero. Este «reclutamiento» de los medios de comunicación norteamericanos por parte de su gobierno no ha sido forzoso, aunque también fue estimulado por la administración Bush en nombre de la defensa del país. La pregunta obligada de reflexión es, entonces, ¿qué está pasando en los Estados Unidos con la prensa y los medios de comunicación social (el «cuarto poder», como muchos lo llaman) que han dejado de tomar una posición crítica e independiente hacia lo que hace el poder del Estado?

Es exactamente en los Estados Unidos donde tradicionalmente los medios de comunicación solían balancear el poder del ejecutivo y en donde los periodistas lograban hacer caer presidentes, como en el caso de Watergate, o abrir la ventana que permitía a toda la nación presenciar lo terrible de los conflictos, como cuando cubrieron la guerra de Vietnam y levantaron fuego en el movimiento de masas que fortaleció a la opinión pública en su postura antibélica y condujo, más tarde que temprano, a la retirada norteamericana de Vietnam.

A diferencia de la cobertura crítica y autocrítica de la guerra de Vietnam, y la manera como los medios de información intentaron ser objetivos e independientes en su manera de presentarla, nos encontramos de repente, en pleno siglo veintiuno, con que en la guerra actual, como también en el conflicto con Afganistán, se manifiesta no solamente un intento de censura de la administración Bush hacia los medios sino, más grave aún, una tendencia a la autocensura por parte de la mayoría de los dueños y periodistas de estas empresas informativas.

110

Obviamente, la censura de la administración Bush fue manejada con la sutileza exigida en un sistema democrático sólido como el norteamericano. En este sentido, se hablaba, más bien, de la necesidad de ser cuidadosos con la información para evitar ataques terroristas en territorio continental americano y evitar exponer a peligros a los soldados norteamericanos en Iraq. ¿Qué cambió en los Estados Unidos para que la opinión pública se tornase tan sumisa al interés de un gobierno que hizo una guerra nada popular a los ojos de la mayoría de los países del mundo, incluyendo a muchos de sus tradicionales aliados?

Para poder comprender este cambio y establecer comparaciones con el conflicto de Vietnam u otras situaciones y conflagraciones internacionales en las que participaron los Estados Unidos tenemos que entender primero que, a diferencia de los años 60 y 70 (la época de los hippies, del «Give Peace a Chance» y de los grandes movimientos de protesta por los derechos humanos y reivindicaciones para los sectores marginados y minorías de la sociedad norteamericana), hoy no hay una cultura *antiestablishment* como en ese entonces. Los Estados Unidos de hoy son una sociedad mucho más sumisa y pasiva, bastante resignada a lo que hacen o dejan de hacer sus líderes. De hecho, bastaría recordar que, no hace mucho tiempo, la mayoría de los norteamericanos, durante la controversia suscitada por unas elecciones que no dejaron un resultado claro sobre el ganador (George Bush o Al Gore), cedió a la fatiga y a la incertidumbre, y prefirió una solución rápida a una solución cabal en relación con quién debía ser el presidente de la nación. De este modo, forzó al candidato demócrata a aceptar su dudosa derrota para no seguir «manteniendo a la nación en vilo». Los norteamericanos,

como sociedad con tendencia a la mansedumbre y renuente a cualquier conflicto interno que pueda amenazar la tranquilidad social y prosperidad de las que han disfrutado sobre todo en los últimos años, prefirieron decretar a un ganador rápidamente en lugar de someterse a un proceso complejo que hubiese entrañado una investigación más exhaustiva en relación con la legitimidad de su presidente. Creo que este ejemplo ilustra muy bien como la sociedad norteamericana se ha vuelto más complaciente y acomodaticia a medida que se ha vuelto más prospera y apática hacia la política.

Pero volvamos al tema que nos compete. Si bien estamos frente a una sociedad que se cuestiona menos y se muestra más dispuesta a aceptar que sus medios de comunicación no atenten contra los intereses nacionales, otro aspecto que debemos tomar en cuenta al analizar el tema de la guerra es que se trata de un país que intenta demostrarse a sí mismo que es una superpotencia no solo en el papel sino, también, a la hora en que hay que demostrar, en el terreno de batalla, quién manda a quién.

Justamente, a causa de «el síndrome de Vietnam», que en buena manera fue nutrido por los medios de comunicación al mostrar con toda su crudeza las imágenes de las víctimas norteamericanas y la de los civiles vietnamitas de la guerra, urge a los gobiernos norteamericanos no solo ganar de manera relativamente fácil sus conflictos bélicos sino, también, tratar el tema de la guerra como un asunto casi aséptico (filmico si se quiere), sin la parte visual que pueda afectar la moral de los soldados y del país entero. Fue en la Guerra del Golfo de 1991 contra Saddam Hussein cuando comenzó ese proceso de «*healing*» (curación) para alejar las cicatrices de la Guerra de Vietnam; y, por primera vez en dos décadas, los norteamericanos pudieron demostrarse a sí mismos que eran capaces de realizar una guerra relámpago, sin empantanarse en la zona de conflicto y logrando sus objetivos con un mínimo de bajas. De acuerdo con muchos analistas, el deseo de demostrar la capacidad del liderazgo político y militar estadounidense en emprender una guerra veloz y exitosa fue una de las principales razones que motivó a Bush padre a detener a sus tropas sin llegar a Bagdad y conformarse con la conquista y expulsión de los iraquíes de Kuwait sin derrocar al régimen de Saddam Hussein.

El actual presidente corría mayores riesgos que el padre al plantear como objetivo de guerra la eliminación de Saddam Hussein y de su régimen. Aprovechando que hoy en día la sociedad norteamericana demuestra mucha más admiración por su ejército tras los triunfos de la Guerra del Golfo, la exitosa intervención militar con la OTAN en Kosovo y, más recientemente, el derrocamiento de los Talibanes en

Afganistán, los conductores de la guerra volvieron a presentar la guerra con la imagen computarizada y esterilizada que ya han convertido en un arte posmoderno. A nivel visual, la guerra se ilustra y explica como si se tratara de un juego de video: escenas casi cibernéticas de lugares siendo bombardeados con líneas rojas suplantando a las imágenes cruentas de guerra. Todo parece un videojuego que permite deshumanizar al conflicto, pues el sufrimiento de la gente no entra en la pantalla computarizada.

Así son las ruedas de prensa del Pentágono, y el resto son imágenes de «fuegos artificiales» en los cielos de Bagdad que parecen de lo más inocuos. Estas son las imágenes que volvieron a mostrarnos la mayoría de los medios de comunicación social; y, en esta guerra en particular, los pocos periodistas que estuvieron en los campos de batalla fueron a acompañar a las tropas norteamericanas para presentar solo la visión y el drama de los soldados en su camino a Bagdad.

112 Al percibir que no servían a sus intereses, a diferencia de la Guerra del Golfo, el gobierno de Iraq expulsó a la mayoría de los periodistas estadounidenses y, ciertamente, a todos los de CNN, entendiendo que estaban reclutados para la causa de su país. Para los que pusieron atención a lo largo de esta guerra a los reportajes de CNN, Telemundo Fox News y otras cadenas que durante días cubrieron la guerra casi hora a hora, había una palabra en inglés que aparecía constantemente en pantalla con la presentación de los periodistas: «*embedded*» o «incrustados». Ciertamente, la mayoría de los periodistas estaban «incrustados» o, si nos dejamos de eufemismos, «reclutados» para servir como agentes al servicio de las tropas norteamericanas, con pleno permiso del ejército y para cubrir la guerra totalmente desde la perspectiva del soldado que está cumpliendo una «misión liberadora» y no una invasión, perspectiva que muestra a los soldados como seres humanos con miedos, ansiedades e ilusiones de servir a la patria y volver sanos y salvos a casa. El «otro lado», los soldados enemigos, no eran objetivo de la cobertura. El «otro lado», los civiles, estaban «cubiertos» por las sombras de una noche que, visualmente, se nos presentaba como un espectáculo de fuegos artificiales, porque es así como lucen los bombardeos. Para nosotros, televidentes de esta guerra lejana, no había la figura humana, y las pocas imágenes que pudimos apreciar de heridos y víctimas eran las transmitidas por cadenas de televisión de los países árabes y algunas de los noticieros europeos. Por supuesto, a diferencia de la Guerra del Golfo, ahora que las tropas de Alemania, Francia y otros países europeos no estaban en peligro y el apoyo a la guerra era muy escaso, sus periodistas se preocuparon por ser más objetivos y mostrar los dos lados del conflicto. Pero el medio de comunicación social que resaltó en su intento de mostrar todos los ángulos de la guerra y demostró interés en perseguir la utopía

de la objetividad fue la estación de Qatar de *Al Jazeera*, la misma que durante el conflicto en Afganistán ya se había convertido en la pesadilla de CNN.

Hay aquí un fenómeno interesante: dos estaciones de televisión de países árabes compitieron y, prácticamente, ganaron la batalla de la información a todas las emisoras de occidente. Una, la más importante, es la ya mencionada *Al Jazeera*, y la otra es la televisión de Abu Dhabi de los Emiratos Árabes Unidos.

El ejemplo de *Al Jazeera* es muy ilustrativo, puesto que es el único medio de información que logró mantener periodistas y camarógrafos durante toda la guerra en Iraq y, también, el que más información proporcionó, razón por la cual ganó prestigio y obtuvo altos índices de audiencia. *Al Jazeera* es una cadena informativa independiente, básicamente heredera de la BBC en el sentido de que la mayoría de sus periodistas, aunque árabes, hicieron escuela en ese prestigioso medio informativo británico, conocido y reconocido por su seriedad y objetividad periodística durante décadas. *Al Jazeera* es una televisión patrocinada por familias millonarias de Qatar, uno de los países del emirato del Golfo, y la emisora de televisión no se identifica públicamente con los intereses nacionales del país, del emirato o de la causa árabe o musulmana. Está manejada con criterios económicos y empresariales de competencia como los medios de comunicación social de occidente.

113

Ya en la guerra de Afganistán, *Al Jazeera* fue la única emisora en conseguir imágenes que ningún otro medio logró obtener. Durante este conflicto, la administración Bush la censuró de alguna manera al «sugerir» a los medios norteamericanos que no transmitieran algunas de sus imágenes (por ejemplo, los mensajes grabados en vídeo de Osama Bin Laden). Según el gobierno norteamericano, en estos vídeos, Bin Laden y sus compañeros de *al-Qaida*, utilizaban algunas señas como claves secretas para dar instrucciones a sus terroristas y así atacar objetivos en los Estados Unidos. ¿Hasta qué punto es verdad o no este señalamiento? Esta posibilidad suscita un debate que probablemente no tenga mucho sentido proponer, porque no podemos saber si la CIA dice la verdad o no en temas relacionados con la seguridad nacional norteamericana. La decisión de no transmitir estos vídeos bien podría ser explicada si comprendemos el deseo de la administración Bush de evitar que millones de norteamericanos, acostumbrados a una vida apacible que terminó el 11 de septiembre del 2001, sucumbieran al pánico si escuchaban las declaraciones y amenazas de Bin Laden.

El punto a debatir, en todo caso, es cómo la prensa norteamericana se mostró reclutada y sumisa a las directrices de su gobierno durante la guerra. Por ejemplo, en Gran Bretaña, aunque también sus tropas estaban en la coalición de guerra y la popularidad de la decisión de participar en el conflicto era muy baja, hubo dos estaciones de televisión que dieron la talla y mostraron independencia: la BBC, a la cual se le podría atribuir, un poco, una posición menos crítica en comparación con sus coberturas de conflictos en el pasado; y la estación de televisión que en Gran Bretaña, pero también en toda Europa, obtuvo los índices de mayor credibilidad durante el conflicto: Sky News.

Un ejemplo comparativo de la cobertura de CNN y Sky News en una misma situación nos ilustra muy bien acerca del tema del reclutamiento de los medios.

Las tropas norteamericanas están ascendiendo desde la provincia de Basora hacia Bagdad y las acompañan dos reporteros de los medios previamente mencionados. En vivo y en directo, pero con algunas horas de diferencia, el reportero de CNN o, como ellos lo denominan, el «incrustado» entre las tropas dice: «Me siento como que estoy en el estómago de un dragón» —haciendo referencia al tanque en donde se encuentra—. «Me siento que estoy en el estómago de un dragón. No hemos visto todavía iraquíes pero en el ascenso a Bagdad *nuestras* tropas [y hago énfasis en la palabra «nuestras»] no dudarán en aniquilar a los soldados que se encuentren en el camino. Seguiremos nuestro emocionante camino a Bagdad [...]».

114

Por su parte, el periodista británico de Sky News que se encuentra también en misión periodística junto a esas tropas, en otro tanque y el mismo día, reporta así: «No nos han permitido proveer detalles y, por lo tanto, solo podemos decir que nos embarcamos a una fase adicional de la guerra. Hasta donde sabemos vamos en dirección a Bagdad». En otras palabras, él mismo lo pone en duda porque eso es lo que dicen los americanos pero a él no le consta y, por eso, continúa diciendo: «[...] yo no sé si vamos a Bagdad, pues no tenemos el panorama general. Por ejemplo, no hemos recibido información confiable de si hay o no focos de resistencia contra las tropas americanas [...]».

Tenemos aquí el ejemplo de dos periodistas cubriendo el mismo episodio, el mismo día, y son estas dos historias totalmente diferentes. Para el reportero de CNN se trata de una aventura que el comparte con los suyos y la informa con certeza, como si el mismo hubiese recibido órdenes de los comandantes de las tropas; y para el de Sky News hay espacio para el escepticismo, para la duda, incluso, para poner en tela de juicio la información que recibe de sus compañeros de ruta. El no se muestra entusiasmado en una aventura, en «el estómago de un

dragón», como diría su compañero norteamericano; más bien se siente en el «estomago de la ballena», como el profeta Jonás, con toda la ansiedad y dudas sobre su paradero y el destino final de su misión.

Obviamente, en tiempos de guerra y sin importar cuál sea el país que se encuentra en conflicto, los medios de comunicación de ese país tienden a autocensurarse sobre la base de los intereses de la nación a la cual pertenecen. Eso ocurre en cualquier conflicto y en cualquier país del mundo, pero los Estados Unidos se caracterizaban, justamente, por el alto grado de independencia y profesionalidad de su periodismo. Estas cualidades eran algunos de los rasgos más admirables de la sociedad norteamericana y constituían aquello que muchos de nosotros admirábamos de los Estados Unidos, con todas las críticas que podamos hacer al pésimo manejo de la diplomacia y al fundamentalismo cristiano de los neoconservadores que apoyan a la administración Bush —en eso estoy de acuerdo con lo dicho por todos los académicos que participaron en el foro—. Entonces, ante lo ocurrido, la pregunta fundamental es qué le está ocurriendo a esa tradición periodística norteamericana.

Por supuesto, parte del fundamentalismo que se percibe en el lenguaje y pensamiento de muchos de los que acompañan al presidente Bush, comenzando por él mismo que se autodenomina «cristiano renacido», ha sido nutrido por el gran reto que los fanáticos musulmanes le lanzaron a los Estados Unidos cuando entraron a su propio territorio a perpetrar las acciones terroristas del 11 septiembre, y se puede entender también que los periodistas, después del horror de la caída de las Torres Gemelas, se identificaran con su país y que la parte profesional decayera un poco en su cobertura de los hechos. Sin embargo, la pregunta es por qué, después de dos años de aquella barbarie injustificable, se incrementa, en lugar de minimizarse, la tendencia de los medios de comunicación social a someterse a las directrices del gobierno en todo lo que se refiere a la guerra declarada contra el terrorismo internacional y, más específicamente, contra el terror de los fundamentalistas islámicos. Por lo visto, la marca dejada por el terror en los Estados Unidos ha signado a toda la sociedad, incluyendo, por supuesto, a sus ciudadanos periodistas.

115

Creo que el trauma de las Torres Gemelas cambia al mundo en un antes y después, y eso incluye también al periodismo norteamericano. Para entender la dimensión de ese trauma y ponerlo en perspectiva son útiles las palabras del filósofo francés André Glucksman: «No esperemos que, con el paso del tiempo, la cicatriz se borre así como así. El acontecimiento “imprevisible” ha ocurrido. A partir de ahora, evitemos predecir que ya no ocurrirá. Lo hecho puede volver a

hacerse. Tanto a escala reducida como a peor. “Cuando se han derribado los límites de lo posible, que, por así decirlo, solo existían en nuestro inconsciente, es difícil levantarlos de nuevo”».

Evitemos hacer predicciones, como Glucksmann sugiere en su libro *Dostoievski en Maniatan*, y mejor hagamos preguntas en un intento por comprender y analizar más a profundidad los temas de la guerra y, en este caso en particular, de los medios de comunicación en tiempos de guerra luego del 11 de septiembre. Con esto dejaré el tema no solo en una dimensión analítica en la temporalidad de lo que fue sino, también, más filosófica o teórica en la esencia misma de los medios de comunicación social:

1. ¿Fueron los medios de comunicación de los países occidentales lo suficientemente críticos y objetivos en su manera de presentar esta guerra? ¿Lo fueron, específicamente, los medios norteamericanos y los de nuestros países?
2. ¿Hubo suficiente contrapeso en occidente a los medios de comunicación «reclutados» en esta guerra?
3. ¿Qué se muestra o no en una guerra? *Y esta no es una pregunta solamente para este conflicto, sino que es el «ser o no ser», el «TV or not TV» del periodismo: ¿hay que mostrar imágenes cruentas? ¿Se debe o no mostrar a los prisioneros de guerra y exponerlos así a la curiosidad pública, cuestión prohibida en los Tratados de Ginebra que regulan, aunque suene irónico, las «reglas de guerra»?.* Y por último:
4. ¿Podrán los medios de comunicación social en la posguerra mostrarnos el conflicto en su verdadera dimensión, sin estereotipos, sin autocensura, desafiando a la censura norteamericana y presentándonos de verdad un panorama objetivo y valiente de lo que ocurra? ¿Se puede seguir ignorando el trauma de la caída de las Torres Gemelas no solo en la geopolítica mundial sino, también, en la manera de percibir y cubrir los futuros conflictos del mundo?

Pienso que comenzaremos a tener indicios en las próximas semanas, meses y años para comenzar a obtener respuestas, sobre todo, a la última pregunta planteada. La manera como los medios de información cubran la posguerra nos dará claves para saber que ocurrirá con ellos mismos a la hora de presentarnos, en futuros tiempos, otros conflictos y guerras que ojalá no ocurran (pero es difícil imaginarse que así no sea, porque el mundo de las certezas dejó de existir hace muchos siglos y el de una mínima sensación de seguridad razonable cayó el día que cayeron las torres). El tema de Iraq y de la nueva geopolítica mundial y los medios de comunicación social no se puede deslindar de los escombros del 11 de septiembre.